

Amores de mapoteca. Lujuria y normalismo en la historia de la educación argentina

Pablo Pineau
UBA-UNLu

*“Coquettee y tenga novio
(una maestría con ilusión trabaja con más gusto)”
Herminia BRUMANA,
Respuestas a una normalista.*

Escuché muchas veces la siguiente anécdota cuando trabajaba de maestro. En la intimidad de la Sala de Docentes, entre cafés y charlas más distendidas, algún colega iniciado advertía a los novatos sobre los peligros de sacar el Registro de Asistencia de escuela porque “una vez, una maestra se lo había olvidado en un Hotel Alojamiento y la habían llamado para que lo fuera a buscar”. La descuidada pecadora sufrió en consecuencia escándalos mayúsculos laborales o conyugales de acuerdo a las distintas versiones.

La falsedad de esta historia se demuestra rápidamente, ya que supongo que los empleados de ese tipo de establecimientos tienen como norma incuestionable proteger la intimidad y el anonimato de sus clientes. Pero hay dos tópicos que no variaron en las distintas veces que la historia me fue referida y que me parecen dignos de atención. En primer lugar, cumple con la regla básica de los mitos urbanos: nunca nadie lo cuenta en primera persona ni ha conocido a quien se refiere, y en segundo lugar -y aquí quiero detenerme para pensar la relación entre lujuria, educación y docencia- la protagonista es indefectiblemente una mujer.

Puede sostenerse que esa última marcación es esperable ya que la población docente es mayoritariamente femenina. Pero eso nunca terminó de convencerme, ya que, en oposición, los protagonistas de las historias de Albergues Transitorios generalmente son hombres, parejas o trabajadores del sexo (prostitutas, travestis, etc.). Me oriento más a pensar que su trama da cuenta de un miedo estructurante de la cultura pedagógica argentina que tendió a comprender a la mujer que elegía a la docencia como un ser lleno de lujuria. Sobre esa pecaminosa asociación quiero explayarme en este escrito.

La (in)decencia de la maestra

El diccionario de la Real Academia Española define “lujuria” como:

1. Vicio consistente en el uso ilícito o en el apetito desordenado de los deleites carnales.
2. Exceso o demasía en algunas cosas.

Así, el pecado de la lujuria se asocia tanto a los “deleites carnales” como al exceso y la demasía. Quizás sea posible reordenar los elementos y pensar que ciertos excesos y demasías derivan casi inevitablemente en el “deleite carnal”.

Si a todo esto se le suma la condición femenina, se agrega un plus que complejiza la situación, ya que -más allá de fuertes impugnaciones-, aún hoy el imaginario social hegemónico se guía por las imágenes de género heredadas del siglo XIX. En ese dispositivo sólo existen dos posiciones fijas y esenciales, hombre-mujer, definidas en términos binarios asociados a la normalidad la primera y a la patología la segunda¹.

Mientras lo masculino se asocia a la salud, lo femenino lo hace a la enfermedad. Condenada a “parir con dolor”, la mujer se presenta siempre indispuesta, con dificultades, mareos, jaquecas, desmayos, dolores y otras aflicciones. En consonancia, el macho es seco, -porque “los hombres no lloran”-, y la hembra es húmeda: llora, sangra, suda. Por eso, la muerte ideal de un hombre se produce “en sequedad” -v.g- un accidente cardiovascular-, y la de una mujer en humedad, en un lecho empapado en el cual drena sin pausa. Finalmente, él es recto y erecto, “no se anda con vueltas”, mientras ella es cíclica: tiene sinuosidades pronunciadas, climaterios, “cambios de carácter inesperados, momentáneos y pasajeros”, y curvas asociadas al ciclo reproductivo. A su vez, esta condición la inscribe en la naturaleza, donde el paso de tiempo se verifica en la sucesión continua, inmodificable y monótona de módulos predeterminados (noche-día, las estaciones, etc.). Todo esto volvía a la mujer una criatura tonta y fácilmente engañable, frívola, voluble y volátil.

Como en muchos otros países del mundo, en la Argentina de fines de siglo XIX tuvo lugar un proceso de feminización de la población docente en forma geométrica². En simultáneo. La escuela -considerada un baluarte de la civilización y el progreso para las posiciones más modernas-, para ciertos códigos morales era un lugar lleno de objetos pecaminosos, por lo que la combinación mujer-escuela se presentaba como un peligro social. El mito de Eva que estructura la tradición judeo-cristiana, ese ser por culpa de cuya desidia y debilidad la humanidad perdió el Paraíso, sobrevolaba la cabeza de las primeras maestras.

¹ Cabe señalar aquí que aún los discursos más disruptivos de la época, como el psicoanálisis, reforzaban estas concepciones. En la obra freudiana la mujer es envidiosa, frágil, con problemas estructurantes en la constitución de su superyó y en la superación del complejo de Edipo en tanto dispositivos centrales de producción de subjetividad. A su vez, recuérdese que “Histeria” proviene etimológicamente de útero, por lo que se la suponía una patología privativa y fundante de la condición femenina.

² Véase al respecto YANNOULAS, Silvia (1996) **Educación: una profesión de mujeres? La feminización del normalismo y la docencia (1870-1930)**. Bs. As, Ed. Kapelusz, y especialmente MORGADE, Graciela (1997) (comp.) **Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina (1870-1930)**. Bs. As, Ed. Miño y Dávila.

En primer lugar, se temía por la existencia de libros, *vía regia* de acceso a la locura y a “los malos pensamientos”. El Monitor de Educación Común, por ejemplo, a la vez que propagaba la alfabetización masiva, no dejaba de alertar sobre los “estrágos” como pueden producir las “malas lecturas” en las “frágiles mentes infantiles”³ –y, por extensión, en las mujeres. Era posible identificar a las docentes con Emmas Bovarys nativas, dispuestas a pecar por las malas enseñanzas sacadas de los libros.

Junto a esto, en la escuela había política, un coto naturalmente reservado a los hombres. Asignaturas como formación cívica y otros espacios de constitución de la ciudadanía eran puerta de entrada a las mujeres a lugares de los cuales deberían estar alejadas para resguardar su moral. No casualmente, buena parte de las integrantes de los primeros movimientos sufragistas del país eran maestras.

En su lugar de trabajo la maestra entraba en contacto con “hombres que no eran de su familia”, en cuyos brazos podía caer si se suavizaban los controles necesarios⁴. Y en conjunción, en la escuela circulaba uno de los más fuertes corruptores de las almas: el dinero. El salario que la maestra recibía a cambio de su trabajo la acercaba peligrosamente a la imagen de la prostituta. Señala Donna Guy⁵ que una de las mayores condenas morales a las meretrices es que cobran por realizar una tarea que les es obligatoria por el “deber conyugal”. La maestra repetía el mismo horror, ya que recibía billetes por estar con niños, lo que debería hacer gratuitamente para cumplir con sus mandatos naturales⁶. Era entonces una “segunda madre” pero a sueldo, corrompida por el pecado y la ambición.

³ Véase al respecto SPREGELBURD, Paula (2002) “¿Qué se puede leer en la escuela? El control estatal del texto escolar (1880-1916)”, en CUCUZZA, Rubén (dir.) y PINEAU, Pablo (codir.) **Para una historia de la enseñanza de la lectura y escritura en la Argentina. Del Catecismo colonial a La Razón de mi vida**, Bs. As. Miño y Dávila.

⁴ La novela “La Maestra Normal” de Manuel Galvez, de 1914, es un excelente ejemplo de este miedo. Volveremos sobre ella más adelante.

⁵ GUY, Donna (1991) **El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires (1975-1955)** Buenos Aires: Sudamericana.

⁶ La similitud entre ambas profesiones aparece actualmente en el Rubro 59 del suplemento de Avisos Clasificados de un importante matutino de tirada nacional, e históricamente en la siguiente anécdota narrada por Ernesto Goldar: “En las casas de citas se corrompía a adolescentes y niñas de corta edad, como ha sido posible comprobar revisando los procesos seguidos sobre corrupción de menores. Estas casas ofrecían un singular atractivo al cliente. Las mujeres que ahí concurrían eran recién iniciadas en “la vida” o simulaban serlo. Para aparentar su calidad de novicias se ponían en juego todas las supercherías imaginables sugeridas por la dueña de casa. En 1903 se estableció a pocos metros de la Escuela Normal de Profesoras una de esas residencias, cuya “especialidad” consistía en ofrecer “alumnas de Escuela”. Las prostitutas habían ideado un grotesco artificio para fingir la condición de colegialas: los dedos de las muchachas estaban manchados de tinta, el vestido era muy corto, se peinaban con trenzas y adoptaban un aire entre abstraído y perplejo. Dentro de la casa había pupitres en abundancia como si allí funcionara una escuela. El éxito que tenía la casa entre la gente crédula fue tan enorme que provocó su clausura”. Ernesto GOLDAR (1971), **La “mala vida”**, Bs. As, Centro Editor de América Latina (p. 39).

En un trabajo anterior⁷ hemos analizado algunos de los cambios que produjeron estos procesos en la esfera femenina, en especial en aquellos aspectos que competen a la moral correcta. Allí sostuvimos que alrededor de la figura de Sarmiento se congregaron un grupo de mujeres que coincidían fuertemente con sus ideas: creían en las ventajas de la civilización, y odiaban a la barbarie. Esto implicaba tanto despreciar lo nativo y lo popular como pensar una mujer que se diferenciara fuertemente de los modelos heredados de la colonia, sentando las bases de un nueva moral moderna que incluía un “feminismo civilizador”. Presentamos la figura emblemática de Juana Manso –que se atrevió a sostener que el principio que guía la vida es la búsqueda del placer y el alejamiento del dolor, y que ésas eran las bases sobre las que debía organizarse la educación-, y a ciertos grupos de mujeres cuya condición de docente les permitió revelarse contra los poderes constituidos: el Patriarcado –las maestras norteamericanas convocadas por el sanjuanino⁸-, el Estado –las huelguistas puntanas de 1881⁹-, y la Iglesia –las maestras concurrentes al Congreso Pedagógico de 1882¹⁰. Su opción por nuevos valores implicó que fueran calificadas de indecentes, y su accionar abrió brechas para una inconclusa y larga lucha a lo largo del siglo XX.

Ser maestra escondió históricamente la posibilidad de ser una mujer inmoral. En muchos casos, por esas grietas se metió la lujuria, y algunas se permitieron entregarse a los excesos y demasías, a los “deleites carnales” que encerraban el mundo de la enseñanza.

Las maestritas que dieron el mal paso

En 1914, Manuel Gálvez publicó su famosa novela “La Maestra Normal”. En ella, situada en La Rioja, se cuentan las penurias de Raselda María Gómez, una joven maestra de la Escuela Normal de esa ciudad, que se enamora del profesor Solís, un egresado de la Escuela Normal de Paraná que vivió en Buenos Aires, y había sido trasladado a La Rioja por motivos de salud. Mal aconsejada por una amiga descarriada, la protagonista acepta “ser toda entera” (sic) de su amante. Y producto de esa primera y única vez, queda embarazada. Finalmente, sin informar a Solís de las novedades, decide abortar. La situación se agrava ya que la

⁷ PINEAU, Pablo (2001) “Docentes indecentes: las maestras fundadoras y el respeto a los valores”, en ANTELO, Estanislao (comp.) **La escuela más allá del bien y del mal. Ensayos sobre la transformación de los valores educativos**. Santa Fe, Ediciones AMSAFE/Colección Ideas 2.

⁸ Véase al respecto HOUSTON LUIGGI, Alicia (1959) **Sesenta y Cinco Valientes. Sarmiento y las maestras norteamericanas**. Bs. As, Editorial Agora.

⁹ Véase al respecto CUCUZZA (1986) **De Congreso a Congreso. Crónica del 1er. Congreso Pedagógico**, Bs. As, ed. Besana.

¹⁰ Véase al respecto CUCUZZA, Rubén (1997) “La Singer o la Tiza? Mujeres en el Congreso Pedagógico de 1882”, en MORGADE (1997) **Op. Cit.**,

intervención se complica. Todo el pueblo termina enterándose de su proceder, y sufre la culpa de su desliz¹¹.

Hacia el final de la novela, nos enteramos que Raselda fue trasladada a Chamental, donde al saberse lo ocurrido en La Rioja, fue hostigada por la población. Terminó trabajando como maestra en un pueblito lejano, cercano a los Andes. Pero “no se queja, soporta sus males como un castigo a sus faltas y está muy entregada a la religión. No acusa a nadie...”

Rattero¹² señala la fuerte impronta de control de género que tiene esta novela en consonancia con los folletines de época. Sostiene que:

“La maestra normal” despliega un esquema moral que se inscribe dentro de algunas “certidumbres” descritas por Sarlo¹³, en alusión a otras narrativas de la época: a) la felicidad fuera de las normas es imposible, b) es difícil violar las normas y luego reingresar a su mundo; c) las normas son menos estrictas para los hombres que para las mujeres; d) la ignorancia, la pobreza, la juventud, pueden ser justificaciones psicológico-sociales, pero no alcanzan a evitar el desenlace desdichado; e) la norma es relativamente fácil de observar si se evitan ciertas tentaciones. (Sarlo, 1999: 118)

Pero hay otro personaje en la novela que nos parece también muy interesante para el tema que estamos tratando: Amelia Cálcena, una vieja compañera de escuela de Raselda que la condujo a la perdición estimulándola con el relato de su propia experiencia a entregarse a su amante y luego a abortar. Es una joven promotora del “amor libre”, liberal y amante de un anarquista, que terminó sus días trabajando de prostituta en Buenos Aires. Es tanto el complemento como el opuesto de la protagonista, ya que no optó por redimirse sino que dejó correr al máximo sus instintos.

En el climax de su tragedia, Raselda se pregunta “porqué había caído”. Y esta es su respuesta:

Y entonces sintió odio contra Amelia, contra Plácida, contra su madre, contra Solís. Todos estos seres eran los culpables de su perdición. Y recordando algunas frases que oyera a don Nilamon, imagino aún otro culpable: la clase de enseñanza que había recibido en la escuela. Aquella tarde que se confesara había comprendido que la religión era la única defensa contra el pecado. Ahora pensaba que si ella hubiera sido verdadera creyente se hubiera salvado. Pero en la escuela nunca le hablaron de Dios,

¹¹ Años más tarde, esta condena pública retornó en la maestra de la anécdota con la que comenzamos este texto que olvidó el registro en un hotel alojamiento.

¹² RATTERO, Carina (2003) “**Pero las niñas no deben leer novelas...**” el *didactismo literario* en «**La maestra normal**» (mimeo).

¹³ SARLO, Beatriz. (1985) **El imperio de los sentimientos**. Catálogos editora. Bs. As.

y algunos profesores hasta le enseñaron a despreciar la religión. Ahora creía que esa enseñanza de la Escuela, en vez de darle fuerza para vencer los instintos, la había predispuesto para el mal, al quitarle el apoyo de las eficaces defensas que tiene la religión contra el pecado. Y en cuanto a su fe de ahora, renacida a causa de su sufrimiento, comprendía que estaba muy lejos de lo que hubiera sido su fe de la infancia, fortalecida por largos años de disciplina religiosa y moral”.

Para Gálvez, la dupla Solís-Amelia constituye el polo de la perdición que termina atrapando a Raselda: cosmopolitismo, cultura letrada y libre pensamiento, ateísmo y agnosticismo, son los “fabricantes de mentiras” en cuyas garras cae la cándida maestra. Todo estos males se condensaban en el “tipo de enseñanza que había recibido”, el Normalismo que la había predispuesto para el mal. Si bien Solís queda exculpado -nunca se enteró de toda la historia-, Amelia encarna a la mujer lujuriosa, que no pudo hacer la reconversión final de Raselda, sino que se entregó al pecado que le había habilitado su enseñanza escolar. Y bajo su impronta, una larga ristra de pupilas se calzaron sus tacos en la cultura argentina.

...y a algunas les gustó

En 1911, pocos años antes de la publicación de la novela de Gálvez, una maestría provinciana llegó a Buenos Aires dispuesta a ser madre soltera y a seguir ejerciendo la docencia. Era Alfonsina Storni, quien en 1909 se había recibido en la Escuela Normal Mixta de Maestros Rurales de Coronda, y había sido docente en Rosario en la escuela elemental n. 65. En esa ciudad, la Chicago argentina, famosa por su lascivo barrio de Pichincha, a los 20 años tuvo un romance en una tertulia literaria que le dejó un hijo, Alejandro, nacido en la Capital al año siguiente.

Alfonsina siempre se honró de su destino de maestra y madre soltera. Señala Lucía Lionetti (2005), que “mostró en su vida y en su obra (la) ruptura con el viejo modelo de virginidad, asumiendo su intensa y profunda vivencia de amor, exaltando la entrega y el desborde de pasión. En su celebración del amor declaró sin temor su entrega a los hombres”¹⁴. En un poema famoso, se definía como una “loba” –con las referencias que ese animal tiene en la cultura clásica con la prostitución- al decir en el poema homónimo de 1916:

“Yo soy como la loba
quebré con el rebaño
y me fui a la montaña
fatigada del llano.

¹⁴ Lionetti, Lucía (2005) “Las no ciudadanas en la plaza pública. Voces y acciones de educadoras, escritoras y militantes”, en PEREZ CANTO, Pilar y BANDIERI, Susana (comp), **Educación, género y ciudadanía. Las mujeres argentinas: 1700-1943**, Bs. As, Miño y Dávila (p. 255).

Yo tengo un hijo fruto del amor, de amor sin ley,
Que yo no pude ser como las otras, casta de buey
Con yugo al cuello; libre se eleve mi cabeza!
Yo quiero con mis manos apartar la maleza.

En un registro un tanto más ficcional, Manuel Puig, en “Boquitas Pintadas”, publicada por primera vez en 1968, recreó la vida de un supuesto pueblo de la Provincia de Buenos Aires, General Vallejos- inspirado en General Villegas, donde el autor vivió su infancia- hacia fines de la década del 30. La novela se basa en chismes y recuerdos reales en la que se representa una sociedad en el pasaje modernizador de lo rural a lo urbano. Allí se describen distintas personalidades femeninas, entre las que se encuentra Mabel -María Mabel Sáenz-, una joven perteneciente a una familia adinerada, aficionada al cine, a los radioteatros y a las revistas femeninas –aunque no le gustaban las películas argentinas-. Es la única del grupo de protagonistas que concurre a la Escuela Normal, luego trabajó de maestra de grado en el pueblo y en la Ciudad de Buenos Aires, y nunca perdió la oportunidad de caer en los brazos de la lujuria. A lo largo de la novela el autor cuenta sus apasionados romances con amantes reales o imaginarios de diversos orígenes como actores de Hollywood, policías, vendedores de tienda y compañeros de trabajo, como el caso en que de joven, una tarde de calor, tirada en su cama medio vestida y en penumbras, su “mayor deseo” era “ver entrar sigilosamente por la puerta de su cuarto a Robert Taylor, o en su defecto a Tyrone Power, con un ramo de rosas rojas en la mano y en los ojos un designio voluptuoso”¹⁵.

A modo de conclusión: la maestra como “mujer pública”

En las cercanías de las Escuelas Normales se han escrito algunas de las más bellas historias de amor del país. Como la de América Scarfó, una estudiante de 16 años, se encontraba con su amante el anarquista Severino Di Giovanni a la salida de su escuela en Caballito hacia 1930. El paredón que da sobre el Parque Rivadavia y las calles de ese barrio porteño fueron testigos de su querer¹⁶. Sobre sus marcas, otras normalistas siguieron ese destino con mayores grados de lujuria.

La maestra, empleada pública, se permitió volverse en ciertas ocasiones “mujer pública” en la totalidad de las acepciones que dicho término adoptó en el habla cotidiana, porque el pecado carnal y los excesos en demasía fueron parte de “el lado oscuro” que estructuró la condición de la mujer docente. Algunas cayeron en

¹⁵ PUIG, Manuel (1969) **Boquitas Pintadas**. Bs. As, ed. Sudamericana. (p. 132).

¹⁶ Como se deduce, Amelia Calcena, ese personaje ficticio de Gálvez que encarnaba a una normalista amante de un anarquista, se volvió realidad un par de décadas más tarde. Véase al respecto la novela **Un café muy dulce**, de María Luisa Magagnoli, donde se reconstruye el romance de Severino y América. (Bs. As, Alfaguara, 1997)

su abrazo; las muchas fueron Raseldas castigadas por su traspie, y las pocas fueron Alfonsinas orgullosas de sus elecciones. Con sus ideas, sus prácticas y sus escotes sexuaron el espacio escolar e inundando aulas y clases con lujurioso placer. A ellas les debemos muchos de los mejores momentos de nuestra escolaridad.